



EDITOR, DIRECTOR Y REDACTOR EN JEFE: IRENEO PAZ.

EMILIO REEBUYCK Y COMP. UNICOS AGENTES DE ANUNCIOS Y PUBLICACIONES DE ESTE PERIODICO EN EUROPA Y LOS ESTADOS UNIDOS.

CONDICIONES.

LA PATRIA se publica diariamente, excepto los días siguientes á los festivos.
 Suscripción mensual en México \$ 1 00
 Fuera " 1 50
 Número suelto " 0 06
 atrasado " 0 12
 Remitidos y anuncios, precios convencionales.
 Pagos: invariablemente adelantados.

SANTORAL

Santos de hoy: S. Octaviano mr. y Santa Catalina virgen.—Mañana: S. Victoriano ob. y Sta. Herálida.

Juez en turno el 1.º C. Jesus Sanchez Mireles.

TIRO DE PISTOLA Y SALA DE ARMAS.—3.º de Soto n.º 0.—Juan Guzman Rosales profesor de armas da lecciones de tiro y esgrima, en su establecimiento y á domicilio.

EDITORIAL

LA UNION LIBERAL.

¿Qué quieren muchos de los afiliados en los diversos círculos políticos que en actualmente se halla dividido el país?

Difícilmente encontraríamos, en la mayor parte de ellos, algo que no fuera el deseo de acaparar el poder para sí, no tanto con el objeto de hacer la felicidad de la República, cuanto con el de medrar en las regiones administrativas, recibiendo pingües empleos en cambio de los trabajos, más ó menos inteligentes, que emprendieron para que triunfase el bando fulanista en que sentaron plaza.

No queremos escribir aquí una disertación romántico-política para probar á las fracciones personalistas que en aras de la patria debe hacerse el sacrificio de toda ambición; que la felicidad colectiva, la paz y el bienestar del pueblo como pueblo, deben preferirse al bienestar del individuo; no.

Preferimos á ese camino que no daría ningun resultado práctico, el de la franca aceptación de las cosas, tales como existen, sin pretender engolfarnos en la imposible tará de enderezar su rumbo por donde debieran ir.

¿Es el interés el móvil principal de esos grupos que rodean á determinadas entidades personales y las azuzan á jugar el todo por el todo en el albur electoral?

Bien; aceptemos el interés, y examinemos hasta qué punto podrá convenir á esas agrupaciones que se denominan *partidos políticos* y no lo son, continuar en la escisión más completa, en la que parece han vivido hasta aquí.

Todas quieren el poder de una manera absoluta, exclusiva, terminante. Todas sueñan en levantar á un hombre para tener el derecho de exigirle recompensas: todas piensan en los productivos gajes que vendrán después de la victoria.

Y bien, preguntamos nosotros: ¿cuando todos quieren, lo que desean, de una manera tan exclusiva; cuando todas rehusan transigir con sus antagonistas, cuando todas creen que solo cada una de ellas deberá componer la futura administración, cuando las miras de todas son tan estrechas que se encierran en un hombre, ¿será posible que los que no hayan cabido en límites tan reducidos se resignen con su derrota, aun cuando la tengan sólo en perspectiva?

De seguro que no; y ántes de que el bando que contase con mayor número de elementos hubiera llegado al poder, tendría ya conjurada en contra suya una gran parte de los bandos políticos antagonistas que, sin cohesión deliberada entre sí, sumirían, no obstante, al país, en una guerra desastrosa, que agotaría sus recursos y acabaría con su prestigio.

¿Y sería eso lo que llenara las ambiciones de los triunfantes, quienes quiera que estos fuesen? Fuera del mando, qué otra ventaja obtendrían los que en tales condiciones llegaran al poder? Un tesoro sin dinero; enormes deudas contraídas; desprecio y odio por parte de la población sensata del país; descrédito, bancarrota y desconfianza. La administración que viniera después de una nueva revolución sería la más infeliz de las administraciones, y los que entrasen á servirla, los más desgraciados de cuantos han conseguido empleos públicos en México. ¿De dónde sacaría recursos un gobierno que, ni pagaría sus deudas anteriores, ni ofrecería garantías ningunas de estabilidad?

¿Con qué elementos dominaría por completo los incesantes movimientos de rebelión que por todas partes estarían promoviendo los bandos vencidos, pero no domados ¿suponiendo, sin embargo, que hubiera algunas fuentes para saciar la sed de riquezas que llevarán al poder, un diez por ciento de los vencedores? Se conformarían los restantes con ver prosperar á una mínima parte de los que formaron su partido, tal vez á los más ineptos? ¿Al día siguiente del triunfo, no serían los mismos desheredados, nuevos y poderosos elementos de desorden y de revueltas perdurables?

¿Y no vendría abajo, en tales condiciones un gobierno que no tuvo jamás otro programa que las estrechas miras de una persona, ni más medios de triunfo que las promesas de modo, ni más apoyo que la lealtad de partidarios sórdidamente interesados? ¿Y habría sido ese el fin á que aspiraron, la tranquilidad que quisieron, el bienestar á que tanto se sacrificaron los fulanistas que llegaron al gobierno?

Desengañense benitistas, treviñistas, mendistas y toda clase de fula-

nistas: no es por ese camino por el que habrán de obtener la consecución de sus fines personales. Un hombre, no es más que un hombre y bien poco es lo que cabe en los estrechos límites de una personalidad.

¿Se quiere un orden de cosas que asegure la felicidad del mayor número? ¿Se quiere una administración que tenga la menor cantidad posible de descontentos? Pues trabajese por fundar un gobierno que ántes que todo, suba por medios pacíficos y garantice la tranquilidad de la nación.

¿Se quiere establecer ese gobierno, ya no por patriotismo, sino por las mismas aspiraciones interesadas? Pues agrúpense los elementos dispersos de esas diversas entidades políticas cuyos fines no se conocen, cuyos programas se ignoran y enláncense por los anillos inquebrantables de una línea uniforme de conducta; acepten una bandera común; discutan las bases de una política franca, ya reunidos bajo esas condiciones que se llaman un programa, busquen el hombre más á propósito para realizarlo y hónrenlo con encomendarle su cumplimiento, que honra, y grande, será siempre para un personaje, por elevado que se le suponga, ser llamado á verificar las aspiraciones de todo un pueblo, sintetizadas en la expresión de un programa, concebido y acordado por numerosas agrupaciones políticas.

La union liberal: hé aquí el único medio que nos ocurre para conjurar los males sin número de que sería presa la República, si continuara la escisión personalista que hoy empieza ya á agitarla. Nada de intrigas, ni de candidatos prematuros. Formemos un programa unionista y liberal y el país se habrá salvado.

LA REDACCION.

DISCURSO

Pronunciado por el C. Gregorio Venegas y Castro, en la distribución de premios de los niños y niñas de las escuelas de Otumba.

Señores:

Una idea noble cruza por mi mente, mi corazón, en estos momentos, palpita emocionado por un sentimiento sublime, y mi tremulo lábio no puede expresar el pensamiento que agita mi cerebro, al contemplar el grupo encantador, el hermoso cuadro que presentan esas niñas y esos niños tiernos pimpoyos de la sociedad futura.

Nacidos en el siglo XIX, en el siglo de la electricidad y del vapor, de los asteroides y de la geología, están destinados á vivir en la época de las luces; y siguiendo la ley constante del progreso, alcanzarán las preciosas conquistas que impulsan á las artes y enriquecen á la ciencia.

¿Veis, señores, á esos tiernos párvulos? ¿Veis á esas inocentes niñas, en cuyos labios infantiles se posa la mas dulce de las sonrisas, la sonrisa de la niña satisfecha? ¿Contempláis á esos niños, á ese búcaro de mil flores que, mas tarde, impregnará con su aroma las mas bastas regiones del saber? ¿Pues bien! esos párvulos son el prolegómeno de una sociedad que viene reemplazando á una sociedad que se va, y á ellos les está quizás, reservado realizar la sublime emancipación del hombre por la inteligencia.

La tierra que se mueve por la combinación de las fuerzas centrífuga y centripeta que la impelen en su órbita, arroja en cada una de sus revoluciones al rededor del sol, un año mas; tiempo que va á perderse en el abismo insondable del pasado.

Pasarán... dos... diez... veinte de estas revoluciones: entonces los adolescentes genios de hoy, llegarán á ser mañana los poderosos titanes del pensamiento: la niña se tornará en dulce esposa, en cariñosa madre; y el niño en ciudadano laborioso, en hombre científico, útil no solamente á su patria, sino á todas las naciones de nuestro globo.

El adelanto moral é intelectual de las sociedades es una ley eterna é innumerable; y el progreso que se desarrolla con las edades que pasan, es el termómetro

577

Y añadió:

—Vinieron muy bien empaquetadas; pero como esto se apolilla con gran facilidad, las he desempaquetado y las he puesto sueltas en estos cestos con un poco de alcanfor, que las preserva de la polilla como usted sabe. Aquí las tiene usted,—añadió el cura sacando dos ó tres boinas coloradas con chapas plateadas y enormes borlas.—Son preciosísimas, ¿verdad? Pues ahora le voy á enseñar á usted una....

Y diciendo y haciendo, sacó de uno de los cestos, envuelta en diez ó doce números de *La Esperanza* (periódico de que era suscriptor constante el cura), una flamantísima boina azul con borla de plata, que debía marcar alta graduación en la milicia carlista.

—¡Esta es la mía!—exclamó el pater reverendo poniéndosela de medio lado.—¿Eh? ¿Qué tal? Pues ahora verá usted el sable, que es menudo!

Y sacó de la cómoda, envuelto en un pedazo de lona, un sable de caballería, que

580

—Viene usted aquí con los mozos y se sacan.

—Pero dígame usted, padre cura.

—¿Qué?

—La persona que me ha escrito inviándome esas armas.....

—Ha sido don Manuel, ¿no es eso?

—Sí señor, don Manuel, el del apellido enrevesado que nunca lo sé pronunciar bien,—respondió Ulrieta con la intención que el lector puede suponer.

—Don Manuel Carrasposa,—dijo el cura riendo.

Ulrieta se consideró feliz en aquel momento.

—Eso es, Carras... cosa, Carpasosa, Carrasquiritosa... los demonios! ¡Mire usted que es desgracia que nunca lo digo bien! ¡Caramba!

—Pues no es tan difícil. Carrasposa! ¡Je, je! Un excelente sugeto, un gran hombre ¿verdad?

—¡Ya lo creo!

Ulrieta era doblemente feliz, porque co-

569

La sobrina no se atrevía á despertar al tío; pero Ulrieta, sin temor al mal genio del pater, se fué derecho á la alcoba y empezó á dar veces.

El cura se despertó sobresaltado.

—¿Qué, qué es eso!—gritó.—¿Qué ocurre? ¿Quién es?

—Soy yo,—dijo Ulrieta,—¡Arriba, padre cura! que tenemos que despachar un asunto y corre prisa.

El cura era como si dijéramos el rey del pueblo. Nadie se le atrevía; mandaba en jefe; respetábanle los hombres, y le tenían miedo las mujeres. Esto es muy general en los pueblos pequeños.

Pero Ulrieta, que por su calidad de alcalde y por sus hercúleas fuerzas (cuyas ya conocía el presbítero) podía ser mas atrevido que los demas vecinos, aparte de que era el jefe natural de ellos, no se paraba en barras, y con una frescura que muchos le envidiarían mandaba á veces en el cura como en un vecino cualquiera.

—¡Arriba!—dijo,—que usted y yo solitos, T. II.

DULCES DE LA BODA.—76